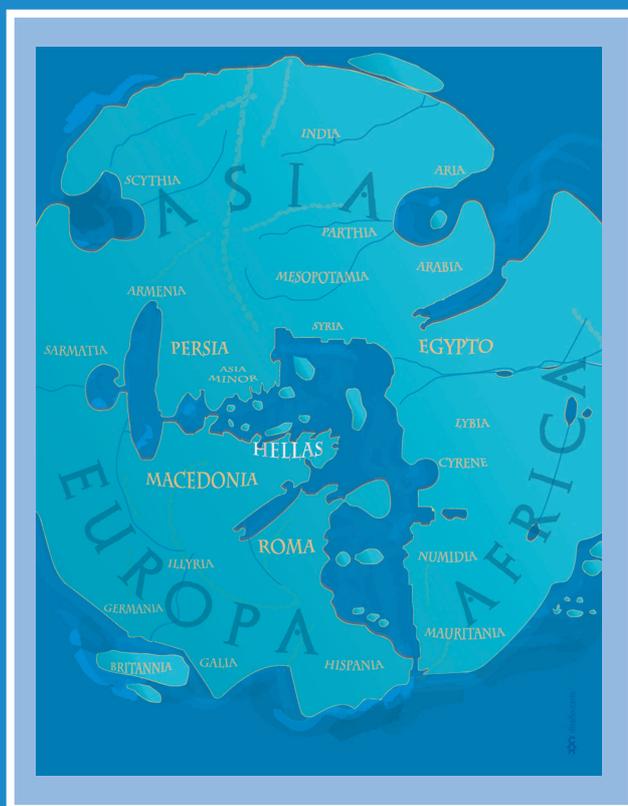


SPAL MONOGRAFÍAS

XV

# GRECIA ANTE LOS IMPERIOS

V Reunión de historiadores  
del mundo griego



JUAN MANUEL CORTÉS COPETE

ELENA MUÑIZ GRIJALVO

ROCÍO GORDILLO HERVÁS

(coordinadores)

UNIVERSIDAD DE SEVILLA • SECRETARIADO DE PUBLICACIONES

JUAN MANUEL CORTÉS COPETE  
ELENA MUÑIZ GRIJALVO  
ROCÍO GORDILLO HERVÁS  
(coordinadores)

# GRECIA ANTE LOS IMPERIOS

V Reunión de historiadores del mundo griego

---

SPAL MONOGRAFÍAS  
XV

---



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2011

Serie: Spal Monografías  
Núm.: XV

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino  
(Director del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla)

Carmen Barroso Castro  
Jaime Domínguez Abascal  
José Luis Escacena Carrasco  
Enrique Figueroa Clemente  
M<sup>a</sup> Pilar Malet Maenner  
Inés M<sup>a</sup> Martín Lacave  
Antonio Merchán Álvarez  
Carmen de Mora Valcárcel  
M<sup>a</sup> del Carmen Osuna Fernández  
Juan José Sendra Salas

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

Este libro ha recibido una ayuda del Ministerio de Educación y Ciencia

Motivo de cubierta: Reconstrucción del "*Orbis terrarum*" de Marco Vipsanio Agripa

Diseño: Carlos del Rio Arroyo

© SECRETARIADO DE PUBLICACIONES  
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2011  
Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.  
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 452; Fax: 954 487 443  
Correo electrónico: [secpub4@us.es](mailto:secpub4@us.es)  
Web: <http://www.publius.us.es>

© JUAN MANUEL CORTÉS COPETE, ELENA MÚÑIZ GRIJALVO,  
ROCÍO GORDILLO HERVÁS (coords.) 2011

© DE LOS TEXTOS SUS AUTORES 2011

Impreso en España-Printed in Spain  
Impreso en papel ecológico  
ISBN: 978-84-472-1302-3  
Depósito Legal: SE-8.509-2011  
Impresión: Pinelo Talleres Gráficos, S.L. Camas-Sevilla

## Índice

Prólogo.....	11
<i>Relaciones de Egipto con la Creta minoica</i> M <sup>a</sup> Soledad Milán Quiñones de León.....	13
<i>La ciudad de Mileto en el Bronce Final</i> Elena Rodríguez Ten.....	27
<i>Heródoto y su posición ante los imperios de los siglos VI y V a.C.</i> Antonio Penadés Chust.....	37
<i>Heródoto y la tragedia de Jerjes. Historia y narrativa trágica</i> Fernando Echeverría Rey .....	45
<i>Grecia ante el imperio persa: Locrios, Tesalios y Focidios en las Termópilas</i> Adolfo J. Domínguez Monedero .....	59
<i>Eubea e imperialismo ateniense: un acercamiento a aspectos religiosos</i> Manuel Arjona Pérez .....	73
<i>Las ciudades griegas entre el imperio persa y el imperio ateniense</i> D. Plácido .....	85
<i>Comer como un rey: percepción e ideología del lujo gastronómico entre Grecia y Persia</i> Fernando Notario Pacheco.....	93
<i>El mundo desde Persepolis. El papel de Persia en el conocimiento geográfico griego</i> F. Javier Gómez Espelosín.....	107
<i>El valor de la propaganda en la construcción del enemigo: Atenas y las guerras médicas</i> M <sup>a</sup> Cruz Cardete del Olmo .....	119
<i>Anotaciones sobre las campañas de Timoleón en Sicilia</i> Víctor Sánchez.....	131

<i>Justificaciones religiosas del imperialismo ateniense en la época de la pentecontecia</i>	
Miriam Valdés Guía.....	141
<i>Atenas, entre el Krátos y la Arkhé. El lenguaje de la hegemonía y el agotamiento de la democracia</i>	
Julián Gallego.....	155
<i>Arché y democracia a la luz de Tucídides</i>	
Laura Sancho Rocher.....	167
<i>El primer Koivòn Tῶν Ἀχαιῶν ante el poder macedonio</i>	
Ignacio Pascual Valderrama.....	179
<i>El día después de Queronea: la liga de Corinto y el imperio macedonio sobre Grecia</i>	
Borja Antela-Bernárdez.....	187
<i>Trabajar para el enemigo. Los diez mil de Jenofonte a la luz de la investigación reciente</i>	
Daniel Gómez Castro.....	197
<i>Los griegos y la religión del imperio persa aqueménida: el dios Mithra</i>	
Israel Campos Méndez.....	207
<i>Ideas e imágenes de Esparta entre los griegos de época clásica</i>	
César Fornis.....	217
<i>Revuelta interna y Roma. El final del reino de Siracusa</i>	
María Morán.....	229
<i>Πῆμα κακὸς γείτων. Un mal vecino es una desgracia (c.a.es.Op.346). La confederación helenística y la imagen de los beocios en el mundo romano</i>	
José Pascual.....	239
<i>Xerxes redivivus: Mitrídates, rey de Oriente frente a Grecia</i>	
Luis Ballesteros Pastor.....	253
<i>Los segundos del imperio</i>	
Juan Manuel Cortés Copete.....	263
<i>Santuarios de Arcadia y dominio romano</i>	
Vasilis Tsiolis.....	273
<i>Los griegos y el imperialismo romano</i>	
Arminda Lozano.....	291

<i>Rasgos ideológicos helenísticos en la política ibérica de los Barca</i> Eduardo Ferrer Albelda.....	305
<i>Graecia magistra vitae. El recurso a la historia griega en los discursos de Cicerón</i> Ana Rodríguez Mayorgas .....	317
<i>Los embajadores en las Historias de Polibio: entre la crónica y la búsqueda de apoyos</i> Cristina Rosillo López .....	329
<i>La organización adrianea de los certámenes panhelénicos</i> Rocío Gordillo Hervás .....	335
<i>Revisión del mapa de Judea y la Decápolis (ss. I a.C.- II d.C.)</i> Pedro Giménez de Aragón Sierra .....	345
<i>Aqueménidas en la antigüedad tardía: las guerras médicas en las fuentes literarias del siglo IV</i> Francisco Javier Guzmán Armario .....	361
<i>La mirada de Constantinopla. La desaparición del imperio romano occidental</i> Santiago Castellanos.....	371
<i>A través de Ovidio: el viaje del río Aqueolo a occidente</i> Fátima Díez Platas .....	377
<i>“Facinerosi et perdití”: miradas humanistas sobre la antigua Grecia y sus lamentables (y locuaces) habitantes</i> Juan R. Ballesteros.....	393
<i>Grecia ante Egipto en la historiografía española de los siglos XVIII y XIX</i> Mirella Romero Recio .....	403
<i>Grecia desde el imperio (americano): la obra de Victor Davis Hanson</i> Francisco Javier González García y Pedro López Barja de Quiroga.....	415
<i>Algunas reflexiones acerca del tratamiento cinematográfico de las Guerras Médicas</i> Óscar Lapeña Marchena .....	427

## Heródoto y su posición ante los imperios de los siglos VI y V a.C.

Antonio Penadés Chust

Heródoto, un hombre al que le interesaba prácticamente todo lo que le rodeaba, era también un apasionado de la historia de la guerra. Estudiaba las más variadas materias con un espíritu casi enciclopédico y las trataba de comprender y asimilar para poderlas explicar a los demás de la mejor forma posible. De este modo, la *Historia* dedica sus cinco primeros libros a narrar, las costumbres, las tradiciones y la evolución de los pueblos del mundo antiguo, especialmente los lidios, los escitas, los medos, los persas, los babilonios, los egipcios y los griegos. Pero este vastísimo estudio no tiene vida propia –aunque a menudo dé esa impresión–, sino que su autor lo proyectó como un trabajo previo y de contextualización del que iba a ser el verdadero objeto de su obra: la narración de las guerras médicas, el enfrentamiento bélico más impresionante que jamás se había producido hasta entonces. En aquellas épicas batallas los griegos supieron emplear su superioridad armamentística y táctica para evitar caer en manos del descomunal ejército persa, cuyo imperio ocupaba gran parte del mundo conocido: su territorio, de unos diez millones de kilómetros cuadrados –una superficie casi veinte veces superior a la de la península ibérica–, se extendía desde el alto Egipto hasta el mar de Aral y desde el mar Egeo hasta el río Indo.

A Heródoto, sin embargo, no le gustaba la guerra en sí ni la violencia. Esta es una conclusión que se desprende con claridad de la lectura de su obra. Por citar un ejemplo, en un pasaje de su libro primero hace decir a Creso, el opulento rey de la antigua Lidia, que “nadie es tan estúpido que prefiera la guerra a la paz, que, en ésta, los hijos sepultan a los padres, mientras que, en aquélla, son los padres quienes sepultan a los hijos<sup>1</sup>”. El rey Creso sabía bien de qué hablaba, pues no sólo había perdido un hijo unos años antes –seguramente, la peor desgracia que le puede ocurrir a una persona–, sino que promovió una desastrosa expedición contra el Imperio persa de la que se arrepentiría profundamente.

Por algunos ejemplos como este y por la actitud que Heródoto muestra en todo momento, es evidente que gran parte de su interés se dirigía hacia cuestiones que nada tenían que ver con la guerra. Ante todo, fue un autor que se fijó como meta construir un valioso legado para las generaciones futuras, y para ello decidió acometer la ingente tarea de fijar por escrito el resultado de sus largas investigaciones “para evitar que, con el tiempo, los

---

1. Hdt. I 87.

hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros –y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento– queden sin realce<sup>2</sup>”. Él fue, como tantas veces se ha repetido, el primer historiador, aunque no pudo ser consciente de ello por la simple razón de que esa disciplina y el término que la define aún no existían.

Pese a su renuencia hacia los planes expansionistas de cualquier nación y hacia los conflictos bélicos en general, Heródoto sentía una peculiar atracción hacia las guerras médicas. Nunca hasta entonces se había producido un desplazamiento militar tan masivo como el del ejército de Jerjes, que emprendió su marcha sobre Grecia con más de doscientos mil efectivos de infantería y de caballería y con unas seiscientas naves que avanzaban en paralelo a las tropas terrestres. Pero, sobre todo, a Heródoto le cautivaba la enorme trascendencia de aquellos enfrentamientos: si los griegos no hubieran vencido en las épicas batallas de Salamina y de Platea, la civilización clásica griega no habría existido tal como la hemos conocido. Grecia se habría convertido en una satrapía más del Imperio persa, la democracia no se habría desarrollado en Atenas y en algunas de sus ciudades aliadas y, sobre todo, los grandes pensadores y artistas clásicos –principalmente los atenienses, a quienes los reyes persas Darío y Jerjes guardaban una especial aversión– no habrían podido contar con las circunstancias necesarias para su florecimiento. Muchos abuelos y padres de los protagonistas del siglo de oro de Grecia clásica habrían muerto en caso de ser derrotados en las aguas de Salamina o en la llanura de Platea, y los que hubiesen podido escapar con vida habrían sido esclavizados o, con suerte, habrían emprendido la huida hacia las colonias de Sicilia y del sur de Italia. Atenas, por tanto, jamás habría llegado a ser ese lugar de encuentro donde se dieron cita pensadores y creadores de toda la Hélade. La república romana, por ende, habría sido radicalmente distinta si no hubiera contado durante sus inicios con una civilización griega que despertara semejante admiración, pues sólo de ese modo los griegos pudieron servirles de modelo durante varios siglos y les fueron prestando la esencia de su cultura –conceptos, instituciones, técnicas militares, dioses, patrones estéticos, etc.–. Seguramente Roma no habría llegado a alcanzar semejante prosperidad, pues es lógico pensar que Jerjes o alguno de sus sucesores habría continuado su expansión hacia el oeste hasta invadir la península itálica, en cuyo caso el Imperio persa habría tenido que enfrentarse a los cartagineses para intentar obtener el control del Mediterráneo central... Aunque es obvio que Heródoto no pudo realizar este ejercicio de historia-ficción, resulta evidente que era muy consciente de que la evolución de la humanidad, por lo menos en esta parte del mundo que hoy llamamos Occidente, habría cambiado totalmente si la expedición de Jerjes contra Grecia hubiera triunfado.

El estudio de la figura de Heródoto presenta dos aspectos muy llamativos: sus ansias por acumular conocimientos y su respeto por el otro. Resulta impresionante esa curiosidad que este autor profesaba por todo lo concerniente a las distintas sociedades, pueblos y tribus diseminadas por Europa, Asia y África, ya fueran sus costumbres, sus sistemas políticos, los principales accidentes orográficos de cada una de sus regiones, su historia, las técnicas medicinales, las leyendas, los ritos religiosos, los vestidos, el clima... A Heródoto parece interesarle absolutamente todo, hasta el extremo de dedicar su juventud a viajar

---

2. Hdt. I Proemio.

por gran parte del mundo conocido buscando satisfacer su sed de conocimientos: que se sepa, visitó nada menos que Asia Menor, Fenicia, Siria, Egipto, Libia –hasta la colonia de Cirene y quizás hasta Cartago–, Grecia continental, las islas del Egeo, Tracia, Escitia (las estepas situadas al norte y al oeste del mar Negro), Sicilia y el sur de la península itálica. Más tarde, al alcanzar la plena madurez, Heródoto asimiló todo lo que había visto y supo trasladarlo a los demás por medio de sus palabras y por vía escrita, pero en el momento de realizar aquellos viajes él no podía ser consciente de que bastantes años más tarde iba a conseguir crear esa obra monumental que es la Historia. Esto nos lleva a pensar que los motivos que le empujaron a emprender esas aventuras fueron la mera necesidad de satisfacer su curiosidad y sus ansias de convertirse en un hombre sabio.

Más sorprendente aún es su respeto por el otro, un aspecto que va íntimamente aparejado a la sabiduría. Heródoto muestra en todo momento una exquisita consideración hacia todos los pueblos que describe en su obra, lo que constituye un hecho inédito, algo desconocido para sus coetáneos. Esta valerosa y ennoblecedora actitud tampoco pudo llegar a ser adoptada por ningún autor de época clásica tardía o helenística. Por poner un ejemplo, Aristóteles, que nació un siglo después que Heródoto, no consideraba que los bárbaros fueran personas y, por lo tanto, juzgaba que en ningún caso podía ser reprochable darles muerte.

Heródoto emplea la palabra «bárbaro» en numerosas ocasiones a lo largo de su Historia, pero una sola vez la acompaña de una connotación negativa: se trata de un pasaje<sup>3</sup> en el que narra la colérica reacción de Jerjes cuando, en su marcha hacia el continente europeo, insulta y azota al mar por las dificultades que encuentra en su primer intento de tender un gigantesco complejo de puentes para que su ejército cruzara el Helesponto. Heródoto considera un acto de *hybris* (exceso, desmesura, desequilibrio) tanto el hecho de unir artificialmente Asia y Europa, dos continentes que los dioses han querido que estuvieran separados por el Helesponto, como el actuar ofensivamente hacia el mar, por lo que tacha las palabras del rey persa de “bárbaras e insensatas”.

En todas las demás ocasiones en que Heródoto utiliza la palabra «bárbaro», lo hace sin ningún tinte despectivo, simplemente como sinónimo de «no hablantes de griego». De hecho, a menudo resalta las cualidades de los diversos pueblos que integran el Imperio persa, mostrando en ocasiones verdadera admiración hacia ellos. Un buen ejemplo lo encontramos en aquellos pasajes en los que describe sus obras arquitectónicas y de ingeniería, como las fortificaciones de la ciudad de Babilonia<sup>4</sup> o el sistema de pantanos en los valles de Asia central, que embalsan el caudal los grandes ríos y permiten la irrigación de extensas llanuras<sup>5</sup>.

Heródoto refleja a lo largo de su obra una norma imprescindible para comprender su posición ante los imperios: «la ley del ciclo», por la que aquellas personas o pueblos que aparcan la *areté* y optan por la *hybris* acaban sucumbiendo de forma prematura. Y aunque resulta evidente que todos, tanto los hombres como las civilizaciones, somos mortales, no es menos cierto que aquellos que se elevan sobre los demás de un modo desproporcionado

---

3. Hdt. VII 35.

4. Hdt. I 178.

5. Hdt. I 102.

—tanto a nivel individual como colectivo— no suelen tardar en sufrir una caída proporcional al desajuste que provocaron.

Por lo general, estas caídas precipitadas ocurren porque la divinidad castiga la injusticia, pero en varios pasajes de la Historia nos encontramos también con la envidia de los dioses —*phthonos*, que puede traducirse mejor por celos—. El *phthonos* es el elemento que abate a los más altos y mueve ese ciclo de las cosas humanas en el que la prosperidad y la ruina se van alternando consecutivamente. Heródoto no guarda, por lo tanto, una interpretación única desde el punto de vista moral. Según nos plantea, cuando un dios en particular o los dioses en general intervienen en una vida humana o en la historia de un pueblo, lo hacen bien por protección a la justicia o bien por celos, y ambos tipos de intervención conducen hacia el mismo objetivo: nivelar las excesivas desigualdades causadas por un éxito desmesurado. A los dioses les duele el triunfo rotundo en los hombres y evitan, por tanto, toda felicidad perdurable que haga que alguno de ellos crea, aunque sólo sea en sueños, que puede romper sus barreras y remontar el vuelo hacia territorios vedados a los seres mortales. En los casos en que un hombre o una ciudad cometen graves injusticias o que, simplemente, alcanzan metas demasiado ambiciosas, los dioses actúan contundentemente para devolver a cada uno a su sitio.

Esta concepción de Heródoto se complementa con un rasgo fatídico muy curioso, en el sentido de que una vez que el proceso histórico se pone en marcha no hay forma de detenerlo con medios humanos ni se prevé el perdón de dios. Es imposible para un hombre salvar a otro de lo que ha de sucederle, motivo por el que, según se desprende en ese memorable pasaje en el que el faraón Amasis prefiere anticiparse a lo inevitable y romper todo tipo de vínculos con el tirano de Samos<sup>6</sup>: esa medida aligerará la pena que el faraón sentirá en el futuro por la ineludible desgracia que se cierne sobre su amigo Polícrates.

En el comienzo de su obra, Heródoto afirma con rotundidad que el primer pueblo bárbaro que sometió ciudades griegas fueron los lidios<sup>7</sup>, lo que constituye un dato histórico muy importante. A finales de la época arcaica existía en este reino una sociedad opulenta y altamente desarrollada, todo lo contrario de lo que nos sugiere la palabra «bárbaro»: una vez más, vemos que Heródoto no utiliza el término en una acepción despectiva, sino como sinónimo de «no hablantes de griego». Los primeros capítulos de la Historia se remontan a la época de Creso, el rey de Lidia entre los años 560 y 546 a. C., por un motivo muy claro: las inmensas repercusiones que tuvieron las acciones de aquel peculiar monarca sobre persas y griegos y sobre las relaciones entre ambas civilizaciones.

“El tal Creso fue, que nosotros sepamos, el primer bárbaro que sometió a algunos griegos, obligándoles al pago de tributo, y el primero que se ganó la amistad de otros; sometió a los jonios, eolios y dorios de Asia y fue amigo de los espartanos. En cambio, antes del reinado de Creso todos los griegos eran libres, pues la incursión de los cimerios realizada contra Jonia —que fue bastante anterior a Creso— no supuso la sumisión de las ciudades, sino que se limitó a un pillaje con ocasión de una correría.”

6. Hdt. III 40-43

7. Hdt. I 6.

Lidia constituye para Heródoto una región imprescindible para los dos cometidos de su obra: narrar las guerras médicas y explicar los pilares de su pensamiento. Nuestro autor parece querer aprovechar los datos históricos que recabó acerca de esta región para exponer los principios más importantes de su ideario personal. Así, nos muestra que la ciudad de Sardes, lugar donde se hallaba la corte del reino de Lidia, constituyó el embrión de las guerras médicas por tres motivos muy concretos: en primer lugar, por el hecho de que el rey Cresos fuera el primer no-griego en someter ciudades griegas y, por tanto, el primer causante –aunque no el principal– del conflicto. En segundo lugar, porque cincuenta años después de las invasiones de Cresos, siendo Sardes la capital de una de las satrapías persas, las ciudades jonias se rebelaron contra la autoridad del sátrapa del que dependían –recordemos que en 546 a. C. el rey Ciro, el fundador del imperio persa, había incorporado Lidia a sus territorios–. Las tropas de Mileto y de sus aliados cometieron en el año 499 a. C. un acto valiente pero, en opinión de Heródoto, demasiado irreflexivo: se dirigieron a Sardes, saquearon la ciudad y quemaron sus casas, sus edificios públicos y sus templos, un sacrilegio que irritó sobremanera al gran rey Darío. De hecho, el motivo que el monarca persa esgrimió para enviar dos expediciones navales contra Atenas –ambas fracasadas, como veremos más adelante– fue el apoyo que la flota ateniense había brindado a los rebeldes jonios. El tercer motivo por el que se puede afirmar que Sardes fue el embrión de las guerras médicas es el hecho de que el rey Jerjes eligiera este lugar para reunir en el año 481 a. C. a una gran parte de los efectivos de su inmenso ejército y emprender su expedición contra Grecia con unos medios humanos y materiales inimaginables en aquella época. En la capital de Lidia comenzaba a fraguarse el gran proyecto que su padre, el idolatrado rey Darío, no había podido culminar.

Entre el elenco de tiranos y personajes curiosos de la época arcaica que aparecen retratados en la *Historia*, seguramente el rey lidio Cresos sea el más carismático y representativo. Heródoto le dedica el comienzo de su obra porque considera que el desmedido afán por ascender que obsesionaba a este monarca causó la precipitada y estrepitosa caída de su pueblo y, por ello, utiliza ese valioso ejemplo para ilustrar cómo la ley del ciclo se acelera cuando los hombres incurren en la *hybris*. Él consideraba que la política expansiva de Cresos fue el primer paso del largo conflicto entre griegos y bárbaros que habitaban el continente asiático, y es lógico, por tanto, que su entrada en escena se produzca al principio de la exposición.

Es bien conocido el debate que en el libro III de la *Historia* se expone en torno a las cuatro formas de gobierno más extendidas en la época de transición entre el periodo arcaico y el clásico: la tiranía, la monarquía, la aristocracia y la democracia. Sin embargo, el único conflicto que, desde el punto de vista político, se manifiesta de forma abierta es el existente entre tiranía y libertad, y no el que hay entre las demás opciones. La tiranía, que es criticada severamente por Heródoto, no sólo se presenta en la forma del tirano que rige una ciudad, sino también en la del dominio de un pueblo sobre otro. La nación que ataca a otra está normalmente gobernada por un tirano, en quien reside el espíritu agresivo.

Según Heródoto, la agresión a los pueblos extranjeros y el abuso tiránico proceden de la misma causa y tienen consecuencias funestas. Ambas son cosas de *hybris*. La agresión exterior trae la derrota y la humillación o muerte del tirano. Y de igual manera que los dioses protegieron a los griegos atacados injustamente por los persas, también los protegieron porque su régimen era más justo. Jerjes es el paradigma de tirano que esclaviza a

sus súbditos y les hace avanzar bajo el látigo contra los griegos, hombres libres que obedecen a la ley, no a un amo<sup>8</sup>.

El tirano es descrito en repetidas ocasiones como el hombre esencialmente injusto, y por ello Heródoto elogia a Meandrio de Samos y a Cadmo de Cos por dejar o intentar dejar la tiranía<sup>9</sup>. Esta injusticia se entiende en dos sentidos: el gobernante que no tiene límites viola las leyes no escritas tradicionales<sup>10</sup> y va en contra de la igualdad. El persa Otanes afirma en el famoso pasaje antes aludido<sup>11</sup> que incluso el hombre más excelente, cuando puede mandar sin rendir cuentas, incurre en *hybris* y se convierte en tirano:

“Entonces envidia a los buenos, gusta a los peores, acepta delaciones, vulnera las normas tradicionales, viola a la mujeres, mata sin juicio.”

La crítica fundamental de Heródoto hacia la tiranía consiste en su agresión hacia la igualdad humana, ya que para él es una insensatez que uno mande sobre todos. Este mensaje se aprecia claramente en el pasaje en el que Meandrio critica a Polícrates por “mandar sobre hombres iguales a él mismo<sup>12</sup>” y en la afirmación de que la pompa y la majestad de los reyes persas tienen por objeto que los demás hombres creen que son de distinta naturaleza<sup>13</sup>.

A pesar de estos planteamientos, la mentalidad abierta de Heródoto admite que en determinadas circunstancias excepcionales la tiranía puede ser un sistema válido. Supedita la idoneidad de este sistema a las urgencias y desajustes extremos que en un momento dado pueda presentar una comunidad. Según su planteamiento, la necesidad de aplicar cambios inaplazables que aminoren las injusticias que se dan en el seno de una ciudad puede justificar que un tirano se haga con el poder. Pero eso sí, con el transcurso del tiempo el nuevo sistema deberá acercarse, en la medida de lo posible, a la *isonomía*, la igualdad de derechos civiles y políticos, que es la base de un sistema virtuoso. Y así, teniendo en cuenta estos condicionantes, es lógico y coherente el hecho de que ciertas tiranías gocen del reconocimiento y la simpatía de Heródoto. Algo que constatamos, por ejemplo, en la siguiente cita: “a excepción de los tiranos que ha habido en Siracusa, ningún otro tirano griego puede, en justicia, compararse con Polícrates en magnificencia<sup>14</sup>”.

Pese a lo que puedan dar a entender las ideas aquí expuestas y pese a su estrecha relación con el círculo de Pericles durante su estancia en Atenas, Heródoto no alude a la democracia como el sistema ideal. Tanto en Atenas como en Esparta existe *isonomía* –igualdad ante la ley– e *isegoría* –libertad de palabra–, y esto es para él lo realmente esencial. En estas dos ciudades no existe un tirano, sino que el pueblo se dio unas instituciones con las que él mismo gobierna. Esta diferencia tan importante genera un enorme abismo entre los contendientes de las guerras médicas: las naciones subyugadas por los persas luchan

8. Hdt. VII 104, 135.

9. Hdt. VII 164.

10. En Hdt. I 59 se elogia al ateniense Pisístrato por no obrar de esa manera.

11. Hdt. III 80.

12. Hdt. III 142.

13. Hdt. I 100.

14. Hdt. III, 125. Los tiranos siracusanos a que se refiere Heródoto son Gelón y su hermano y sucesor Hierón I, que gobernaron la ciudad siciliana en el primer tercio del siglo V a. C.

por miedo a sus gobernantes, mientras que las principales ciudades griegas luchaban para continuar rigiendo sus destinos. Según entiende Heródoto, la *isonomía* y la *isegoría* son las grandes instituciones por las que los ciudadanos griegos lucharon a muerte, y gracias a ellas supieron superar su descomunal inferioridad numérica y vencer al enemigo.

Este ardor antitiránico de Heródoto, que, recordémoslo, había sido víctima en su juventud de un déspota propersa en Halicarnaso y tuvo que abandonar su ciudad, es comparable al de los atenienses de la época de Pericles. Sin embargo, en ningún pasaje de su obra elogia la democracia radical: para él, la base de cualquier sistema político es la igualdad de los ciudadanos ante el *nomos*. La justicia (*diké*) exige el respeto a la igualdad humana, un concepto que Heródoto supo desnudar de cualquier acento religioso hasta llevarlo a una parcela puramente laica y política.

Aplicado a la política exterior, ese mismo concepto de justicia convierte la guerra de conquista en un elemento execrable. La campaña de Jerjes, por lo tanto, es tachada por Heródoto como una forma de *hybris*. Para él toda guerra expansiva es injusta, sin importar quién la promueva. El rey de los etíopes abunda en esta idea después de contemplar cómo su pueblo cae en las garras del imperio persa:

“El rey de los persas no es una persona íntegra; pues, si lo fuera, no hubiese ambicionado más país que el suyo, ni sumiría en esclavitud a pueblos que no le han inferido agravio alguno.<sup>15</sup>”

Para Heródoto, el comienzo de una injusticia es siempre una agresión no provocada. Un ataque injustificado de un pueblo a otro trae siempre consecuencias funestas, sea a corto o a largo plazo. Su ideal de justicia comprende tres conceptos esenciales: libertad, ley e igualdad. Estas tres ideas quedan englobadas en el concepto de la *areté* y se alejan, por lo tanto, de la dinámica de los tiranos.

Una prueba de la solidez de esta ideología es la escasa importancia que Heródoto concede al concepto de naturaleza (*physis*), una cuestión que, sin embargo, es esencial en la mentalidad aristocrática. Para él no hay diferencia de naturaleza entre las clases sociales, y las variantes existentes entre los pueblos están motivadas por los distintos *nomos*, pero jamás por *physis* diferentes.

En suma, para Heródoto el tirano es *hybris* y, por lo tanto, su actuación suele terminar es desgracia tanto a nivel interno como internacional. Al tirano se opone el pueblo entendido como un conjunto, no escindido en clases, una entidad que es portadora de *sophrosyne* (medura, equilibrio) y de moralidad. Desde la «democracia religiosa», que es su punto de partida, el autor de la *Historia* alcanza un grado muy alto de moralización y, al tiempo, llega a posiciones democráticas avanzadas centradas en la idea de la igualdad, concepto que es para él la esencia misma de la justicia.

---

15. Hdt. III 21.

A través del tiempo, por influencia de los diferentes poderes que se desarrollaron a su alrededor, Grecia se fue transformando, configurándose así una imagen de Grecia como salvadora de la civilización frente al bárbaro imperio persa, insignia de la democracia, símbolo de la cultura y del renacer de las artes, y portadora del pensamiento científico a través del *logos*.

Frente a concepciones muy arraigadas en el ideario contemporáneo, en Grecia convergen numerosas realidades. Desde el arcaísmo, comenzando con la hegemonía cretense y su influjo sobre la cultura micénica, hasta el contacto fructífero con los sucesivos reinos faraónicos, el influjo de los territorios externos se percibe en todos los ámbitos de la cultura griega. De este modo, ante el dominio macedonio, primero, y el romano, después, Grecia asume una posición subordinada, pero aporta al mismo tiempo su bagaje cultural, que se ve acrecentado por la propia reflexión griega sobre el fenómeno imperial.

Esta obra analiza la evolución que, desde distintos ámbitos contextuales, ha experimentado la visión del territorio heleno. Queda así evidenciada cómo Grecia se formó a partir de las relaciones habidas con distintos imperios. Desde la más remota antigüedad hasta la visión contemporánea del mundo heleno, este libro pretende aportar, desde diferentes perspectivas metodológicas, una visión novedosa de la Grecia clásica.

